

LA APARICIÓN DE LOS ESTADOS AFRICANOS EN EL SISTEMA INTERNACIONAL: LA DESCOLONIZACIÓN DE ÁFRICA

ALICIA CAMPOS SERRANO

INTRODUCCIÓN

La historia reciente de África comienza con la desaparición de la dominación colonial que los europeos habían establecido en el continente desde finales del del siglo pasado. La comprensión del proceso de la descolonización es imprescindible para entender qué posición ocupa África en el mundo de nuestros días.

La descolonización ha sido objeto de las interpretaciones más contradictorias. Los valedores de los movimientos nacionalistas la saludaron como la esperada reversión de la expansión europea y la liberación definitiva de los africanos del yugo colonial¹. Pero autores de inspiración marxista vieron en la independencia de un mero cambio formal en el régimen político con el que se gobernaba a los africanos, mientras que la dependencia estructural del continente en relación a las potencias occidentales se mantenía². Explicaciones más optimistas y menos rupturistas consideraron la descolonización como una etapa más en la modernización de África, como la continuación más que la quiebra con el periodo colonial que permitió la integración definitiva del continente en el sistema económico capitalista.

Todas estas posturas compartían su optimismo sobre la capacidad del estado para promover el "desarrollo" en África. Los resultados negativos del estado africano en este ámbito (y en tantos otros) han avivado el debate sobre la estatalidad y la modernidad en el continente africano. La ofensiva que el paradigma estatalista ha sufrido en los últimos tiempos no puede dejar de afectar a la comprensión de la descolonización, que constituye el momento en el que surge el estado moderno en África.

La crisis del proyecto modernizador y estatalista también ha provocado el debilitamiento de los iniciales análisis centrados en los movimiento anticoloniales africanos³, por un mayor énfasis en

¹ MAZRUI, Ali A. & TIDY, Michael, *Nationalism and New States in Africa*, Heinemann, Kenya, 1984

² AMIN, Samir, *Imperialism and Unequal Development*, N.Y., Monthly Review Press, 1977
DUMONT, René, *L'Afrique noire est mal partie*, Editions du Seuil, 1973
RODNEY, W., *How Europe underdeveloped Africa*, Dar es Salam, Tanzania Publishing House; Washington DC, Howard U.P., 1972, 1981.

³ DAVIDSON, Basil, *The people's cause. A history of guerrillas in Africa*, Longman, Essex, 1981

el papel que tuvieron las decisiones metropolitanas⁴. Y es que la historia de la retirada de los europeos de África se puede contar desde el punto de vista de los africanos, de los europeos o de todo el sistema internacional en su conjunto⁵. Aquí vamos a intentar ofrecer una visión de conjunto de la descolonización en África subsahariana, lo que supondrá dar cabida a todos los factores, africanos, metropolitanos e internacionales que jugaron algún papel en la gran transformación que aquel proceso supuso. La idea que recorre el trabajo es que ninguno de estos factores fue el único determinante del resultado y que se necesitó la combinación de todos ellos para que se dieran las independencias finales.

El análisis de la posición de África en el sistema internacional que se pretende en este libro no podía dejar de contemplar el momento de la descolonización. A través de este proceso, las poblaciones africanas dejan de estar integradas en posición de subordinación en la estructura imperialista del sistema internacional configurado en el siglo XIX. Y al mismo tiempo entran a formar parte, en teórico pie de igualdad, del sistema de estados de origen europeo. El estado moderno en África tiene su origen en su reconocimiento como miembro soberano de un sistema internacional forjado por las mismas potencias metropolitanas que dominaron el continente durante casi un siglo. Este hecho va a condicionar las especiales relaciones internacionales de todo el continente durante las últimas cuatro décadas.

1. LOS IMPERIOS COLONIALES AL FINALIZAR LA SEGUNDA GUERRA

GRIMAL, Henri, *Historia de las descolonizaciones del siglo XX*, Iepala, Madrid, 1989 (1ª 1985)
FÜREDI, Frank, *Colonial wars and the politics of Third World nationalism*, I.B.Tauris Publishers, London & New York, 1994

LOW, Anthony, "The end of the British Empire in Africa", GIFFORD, Prosser & LOUIS, Roger, *Decolonization and African Independence. The Transfer of Power, 1960-1980*, Yale University Press, New Haven and London, 1988

LOW, Anthony, "The Asian mirror to African Tropical's Independence", GIFFORD, Prosser & LOUIS, Wm.Roger, *The Transfer of Power in Africa, Decolonization 1940-1960*, Yale University Press, New Haven & London, 1982

⁴ HOLLAND, R.F., *European decolonization, 1918-1981. An introductory survey*, Macmillan, Hampshire & London, 1985

SMITH, Tony, "Patterns in the Transfer of Power: A Comparative Study of French and British Decolonization", GIFFORD, Prosser & LOUIS, Wm.Roger, *The Transfer of Power in Africa, Decolonization 1940-1960*, Yale University Press, New Haven & London, 1982

⁵ LOUIS, W.M.Roger & ROBINSON, Ronald, "The United States and the liquidation of the British Empire in Tropical Africa, 1941-1951", GIFFORD, Prosser & LOUIS, Roger, *The transfer of power in Africa. Decolonization 1940-1960*, Yale University Press, New Haven & London, 1982 (Louis & Robinson, 1982)

MUNDIAL

En 1945, África permanecía bajo la dominación colonial de las metrópolis europeas, en su mayoría estados que habían resultado vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Al finalizar el conflicto bélico, los imperios europeos en África parecían intactos, incluso los de las metrópolis que habían visto perder el control de sus colonias bajo la presión del Eje. Pero los efectos de la guerra y de ciertas dinámicas que se habían iniciado en el periodo anterior de entreguerras harían colapsar en pocos años lo que parecía un sistema ideado para perdurar durante décadas y siglos.

El imperialismo colonial que se originó en el último tercio del siglo XIX, penetró en África para integrar a sus poblaciones en la periferia del sistema internacional occidental. Frente a lo que ocurría con la anterior participación del continente en los circuitos de comercio mundiales, esta vez los africanos se encontrarían una situación de directo sometimiento y dependencia respecto de las potencias europeas.

La cosmovisión que legitimó la expansión de Europa concebía un mundo compuesto de estados occidentales que, en virtud de una *sagrada misión de civilización*⁶, tenían el derecho y hasta la "carga" moral, expresada poéticamente por Kipling, de ilustrar y disciplinar a todas aquellas poblaciones consideradas como salvajes y atrasadas. Los europeos se veían a sí mismos como agentes de una historia lineal de progreso, el último de cuyos estadios lo ocupaban las sociedades industrializadas occidentales. Esta concepción evolucionista de las culturas, que era un fenómeno relativamente reciente en la literatura europea, fue convirtiéndose en idea hegemónica. Había que integrar a África en la senda de la historia, de la que había estado "excluída".

El papel civilizador que Occidente se adjudicaba a sí mismo parecía consistir, en principio, en una mera transmisión de cultura: en la divulgación de las formas de conocimiento, organización política o sistemas productivos. La formulación de una sagrada misión civilizatoria se plasmó desde finales del siglo XIX, en la dominación política de los africanos, y la integración de éstos en los sistemas económicos de las metrópolis. Pero entonces, el mantenimiento del orden y la estabilidad social, y la rentabilidad económica de la producción africana -subordinada ahora a las necesidades de las economías europeas-, constituyeron los objetivos primeros de aquella dominación, y a ellos se supeditaron los de occidentalización y aculturación de las poblaciones colonizadas. Así lo atestigua la forma en que se gobernó a éstas y en la que se explotaron los recursos del continente.

Los europeos, enfrentados a la oposición de los africanos a la aculturación y la imposición

⁶ Estos son los términos utilizados por la Sociedad de Naciones al regular los mandatos o colonias de las potencias vencidas.

de nuevas y más autoritarias formas de gobierno, tuvieron que llegar a un compromiso con las estructuras sociales preexistentes. O al menos, con ciertos individuos en posición dominante. No se estableció, pues, el orden civil europeo, sino que se reformuló -e incluso reinventó-, en el marco de la administración colonial, el orden jurídico de la "costumbre", que, ejecutada a través de jefaturas tradicionales⁷, aseguraba el control de la mayoría de la población rural africana. La producción de cultivos para la exportación, allí donde no existía una minoría europea importante que impusiera sus métodos productivos, también se realizó sin alterar en exceso la organización económica rural, a través de pequeños productores que utilizaban la tecnología tradicional⁸. De esta manera, el sistema colonial conformó un sistema dual, que concebían dos tipos de regímenes (y de personas): el de los "ciudadanos", colonos blancos -o negros asimilados- gobernados a través de la ley civil y el derecho del estado moderno, y el de la inmensa población rural africana, gobernada a través de la ley consuetudinaria -o lo que los europeos entendieron como tal-, y que era ejecutada a través de autoridades nativas⁹.

Utilizando esta misma distinción entre dos categorías de sujetos, los "ciudadanos" y los "súbditos", y dos órdenes jurídicos, podemos distinguir también dos planos en las relaciones internacionales del colonialismo. En uno estaban los estados modernos occidentales, que se veían a sí mismos como parte de un sistema de estados gobernado por el derecho internacional. A finales del XIX, los estados europeos legitimaban su poder a través de la ideología nacionalista que se había ido configurando a lo largo del siglo. Según ésta, Europa se concebía como un conjunto de naciones homogéneas constituídas en estados independientes, iguales y soberanos. El nacionalismo,

⁷ RANGER, Terence O., "The invention of tradition in colonial Africa", HOBSBAWM, Erik, *The invention of tradition*, Cambridge University Press, 1983.

MAMDANI, Mahmood, *Citizen and Subject. Contemporary Africa and the legacy of late colonialism*, Princeton University Press, 1996.

La población rural africana era dominada a través de las jefaturas tradicionales existentes y/o reinventadas por los colonizadores, que se integraban en el esquema de dominación de la administración colonial. Las jefaturas gobernaban, no a través de la ley del colonizador, sino de la costumbre africana, reificada y respaldada por toda la fuerza militar del estado metropolitano. Y ello impedía el control y la fiscalización de los jefes por la población sobre las que ejercían su poder. De este modo la mayoría de la población africana era gobernada por lo que se ha denominado un despotismo descentralizado. La población urbana, formado por un conjunto heterogéneo de grupos sociales, quedaba fuera de este esquema, pero tampoco se integraba en la sociedad de los colonos regida por la ley civil, que era aplicada con un criterio racial de exclusión. Sobre esta población urbana, sin ningún derecho reconocido y habitando un limbo jurídico entre la ley civil europea y la "costumbre" africana, se ejercía un *despotismo centralizado* .

⁸ AUSTEN, Ralph, *African Economic History. Internal development and external dependency*, James Currey, London & Heinemann, Portsmouth NH, 1996 (1ªed. 1987)

⁹ MAMDANI, *Citizen...*

en mano de los gobiernos conservadores europeos, se convirtió en la poderosa legitimación que se esgrimía como fundamento de la autoridad del estado sobre su población¹⁰. Las poblaciones europeas se concibieron entonces como naciones cuyos habitantes eran teóricamente iguales ante la ley y tenían el derecho (si así lo permitía su renta y su género) de elegir a sus representantes.

Este mismo estado liberal dominaba grandes extensiones de territorio fuera de las fronteras consideradas como nacionales. Este conjunto de poblaciones y territorios dominados por Europa constituía el otro plano del sistema internacional imperial: poblaciones que no eran consideradas ni naciones con derecho a la estatalidad ni como parte integrante de las naciones europeas, pero que sí formaban parte del sistema internacional en una situación de clara subordinación. Las colonias constituían formas políticas gobernadas, no a través del gobierno representativo de una nación, sino de un gobierno "despótico" y extraño, al menos en su cúpula, a las poblaciones en cuestión. Las poblaciones africanas no disfrutaban de ninguno de los derechos políticos reconocidos a los ciudadanos del estado metropolitano. Y es que los africanos no podían formar naciones, pues su "atraso cultural" e "incivilidad" se lo impedía. En resumen, el colonialismo estableció un sistema internacional dual que consistió en un núcleo de estados que se relacionaban entre sí en virtud de normas de un "derecho internacional", y una periferia de territorios, entre los que se encontraba África, sometidos, de una forma u otra, al gobierno despótico, no representativo, de aquellos estados.

La guerra que se inició en 1939 y tomó proporciones mundiales puso a prueba la efectividad y "rentabilidad" de este sistema. Más allá de las transformaciones internas que provocó, de las que hablaremos más adelante, la Segunda Guerra Mundial hizo que el sistema internacional comenzara sutilmente a transformarse ideológica y estructuralmente.

La guerra se hizo, desde el bando que luego resultó ganador, en nombre de un nuevo orden internacional basado, no en los viejos imperios, sino en nuevos principios voceados por Estados Unidos o la Resistencia francesa, como el de la liberación de los pueblos y el gobierno democrático. El discurso de los aliados durante la guerra se fue consolidando, no sin desacuerdos profundos, a lo largo del conflicto, a través de declaraciones como la contenida en la Carta Atlántica de 1941¹¹. En ella, Estados Unidos y Gran Bretaña declaraban su compromiso de respetar "el derecho que tienen todos los pueblos de escoger la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir, y desean que sean

¹⁰ HOBBSAWM, Erik, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1992

¹¹ HOLLAND, *op. cit*
MAZRUI & TIDY, *op. cit.*

restablecidos los derechos soberanos y el libre ejercicio del gobierno a aquellos a quienes les han sido arrebatados por la fuerza", sin que quedara claro cuál era el significado concreto ni el alcance espacial y político de dicho principio, y si se aplicaría o no a los pueblos hasta ahora considerados como "aún no capacitados para dirigirse por sí mismos en las condiciones particularmente difíciles del mundo moderno"¹².

Las mayores potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia, no tardaron en advertir a sus socios americanos que la libre determinación de los pueblos no era principio aplicable a las poblaciones coloniales. El único cambio que las metrópolis concebían se refleja muy bien en los resultados de la Conferencia de funcionarios imperiales en Brazzaville en 1944, que De Gaulle convocó en respuesta a las presiones internacionales y africanas. En ella, se prometieron concesiones, como la supresión del trabajo forzado o el aumento de la participación política de los africanos, pero se expresó claramente que la independencia no era un objetivo concebible para las colonias francesas.

No obstante, el principio de libre determinación, con aquella misma vaguedad de la Carta Atlántica, se convirtió en uno de los principios eje de la organización interestatal que se fundó como garante de la paz y la seguridad mundiales al finalizar la guerra. La Carta de Naciones Unidas declaraba que era propósito de la organización "fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la *libre determinación de los pueblos*, y tomar otras medidas adecuadas para fortalecer la paz universal" (art.1.2.)

La Carta de Naciones Unidas fue fruto del compromiso de todas las fuerzas vencedoras en la guerra, entre las que, junto a las potencias coloniales, se encontraban las emergentes potencias mundiales con una actitud abiertamente anticolonialista. El limitado alcance que la Carta concedía a la libre determinación, fue consecuencia de este compromiso, y se reflejó en la regulación de la cuestión colonial. Las colonias fueron consideradas en el Capítulo XI como *territorios no autónomos*, cuya razón de ser principal era la promoción de "los intereses de los habitantes de los territorios" y de su "gobierno propio". Pero no se mencionaba la posibilidad de que estos territorios disfrutaran de aquel derecho a la libre determinación. Y la pretendida internacionalización de la cuestión colonial que Estados Unidos perseguía apenas se conseguía a través del modesto mecanismo de transmisión de información al Secretario General (art. 73.e.) y sólo para los territorios bajo *administración fiduciaria* establecía instrumentos de presión y objetivos más

¹² Estos son los términos utilizados en el *Pacto de la Sociedad de Naciones*, en su artículo 22 tras la Primera Guerra Mundial, que constituyó el primer intento de internacionalizar la cuestión colonial.

definidos¹³.

La nueva sensibilidad hacia las poblaciones coloniales y su desarrollo político era, no obstante, evidente en la Carta y ello reflejaba los intereses y actitudes de las nuevas potencias mundiales, que sustituyeron a las europeas en el liderazgo mundial tras la guerra¹⁴. Y es que, aunque vencedoras, las potencias coloniales, se vieron muy debilitadas, su pretensión de superioridad socavada y su situación en el mundo supeditada al nuevo orden postbélico. La debacle producida por la guerra produjo una crisis espiritual en toda Europa e hizo imposible seguir manteniendo ideológicamente la existencia de aquella "sagrada misión civilizatoria" del hombre blanco¹⁵.

El desenlace de la Segunda Guerra Mundial fue, frente a lo esperado, una paz armada, articulada en torno a un nuevo conflicto de carácter militar e ideológico entre dos nuevas potencias mundiales. Estados Unidos y la Unión Soviética aspiraban no sólo a una hegemonía militar sino, y quizá fundamentalmente, a una hegemonía ideológica y política. Ambos tenían un proyecto universalista de organización social y representaban dos modelos alternativos de "modernidad" occidental. Y ambos mantenían una actitud abiertamente crítica hacia el imperialismo europeo¹⁶.

Conforme la Guerra Fría se consolidaba como el nuevo escenario internacional y se estabilizaba, el conflicto se articuló en torno a la capacidad de destrucción militar de cada superpotencia en una "carrera de armamentos" sorda. El potencial destructivo llegó a tales cotas, que una guerra en Europa, perfectamente dividida entre los dos bloques, se hizo impensable. La tensión se trasladó entonces a los territorios coloniales y los que habían dejado de serlo, donde se mezclaba con los conflictos pre-existentes, de carácter colonial o de otro tipo¹⁷. La simultaneidad del desmantelamiento de los imperios coloniales en África con el conflicto intersistémico de la Guerra Fría haría que ambos procesos se entrecruzaran a menudo. Cada bloque representaba

¹³ Éstos son los términos utilizados en el *Pacto de la Sociedad de Naciones* en su artículo 22, tras la Primera Guerra Mundial, que constituyó el primer intento de internacionalización de la cuestión colonial.

¹⁴ MAZRUI & TIDY, *op. cit.*
GRIMAL, *op. cit.*

¹⁵ Von ALBERTINI, Rudolf, *Decolonization. The Administration and Future of the Colonies 1919-1960*, Africana Publishing Company, New York & London (1ªed. alemán), 1971

¹⁶ Von ALBERTINI, *op. cit.*

¹⁷ HALLIDAY, *The making of the Second Cold War*, Verso, 1983

sendos modelos alternativos de organizar la modernidad, que los líderes de los movimientos anticoloniales podrían utilizar en sus reivindicaciones anticoloniales y sus posteriores construcciones políticas¹⁸.

Concluyendo, el sistema internacional que mantuvo a las poblaciones de África integradas en términos de subordinación en los imperios coloniales europeos, iba a verse cuestionado a partir de la Segunda Guerra Mundial. La nueva situación de desventaja en la que se encontraron las metrópolis, y los nuevos discursos liberalizadores, iban a provocar la transformación definitiva. No obstante, pese a la trascendencia de las dinámicas internacionales en el proceso descolonizador, no podríamos entender éste sin las presiones que los movimientos anticoloniales ejercieron en África¹⁹. Y a ellos volvemos ahora nuestra atención.

2. TRANSFORMACIONES SOCIALES EN ÁFRICA

Cabe preguntarse hasta qué punto la situación en que las potencias coloniales colocaron a África fue aceptada, y hasta qué punto resistida, por los africanos. La estabilidad social del régimen colonial en el área subsahariana ya en los años 20 de este siglo parecía consolidada. Las resistencias que el colonizador encontrara en su expansión "civilizadora" fueron superadas, en gran medida, gracias al sistema de gobierno indirecto al que ya hemos hecho referencia²⁰, y que constituyó la forma de control de todas las metrópolis²¹.

La actitud de los africanos ante este estado de cosas no fue, sin embargo, pasiva²². Las

¹⁸ JOHNSON, Vernon, *The structural causes of anticolonial revolutions in Africa*, Alternatives 18, 1993

¹⁹ Von ALBERNINI, *op. cit.*
SMITH, Tony, *The end of the European empire: Decolonization after World War II*, Lexington, 1975

²⁰ Ver nota 7

²¹ Se ha dicho repetidamente que el sistema francés en África, frente al británico, era centralizado y sustituía a las organizaciones políticas tradicionales por representantes de la administración colonial. Sin embargo son más las similitudes que las diferencias entre los mecanismos utilizados por ambas potencias, pues los "jefes de cantón" francés eran nombrados de entre los jefes tradicionales anteriores. Y en todos los casos, incluido el británico, no se dejaban intactas las estructuras precoloniales, sino sólo en la medida que se integraban en el entramado colonial.

²² RANGER, Terence O., "The invention of tradition revisited. The case of colonial Africa", RANGER, T. & VAGHAN, O., *Legitimacy and state in Twentieth Century*, Macmillan, London, 1993

reacciones ante el gobierno de los europeos fueron desde la cooperación, con la que los africanos colaboradores también aprovechaban la autoridad de los colonizadores para sus propios objetivos, hasta la abierta resistencia, pasando por posturas de indiferencia allí donde la acción de la administración colonial era apenas efectiva²³. La colonización afectó, no obstante, a amplios sectores de las sociedades africanas. Y tras la derrota o la integración de las primeras resistencias, surgieron formas nuevas de adaptación o contestación al régimen colonial.

Una de las transformaciones de la colonización, que creó nuevas articulaciones sociales y nuevos retos para la autoridad colonial, fue la urbanización, que se agudizó en el periodo de entreguerras²⁴. Los individuos que emigraban del campo y se instalaban en los asentamientos informales de las ciudades no desconectaban de la realidad rural de la que procedían, lo que les permitía una más fácil estructuración de su nueva vida urbana²⁵. Pero disfrutaban de un menor control social y de mayores contactos con ámbitos lejanos de la propia realidad local. Ello a su vez repercutía en el ámbito rural, donde llegaban, de boca de los emigrados, noticias de espacios distantes. En la ciudad se rearticulaban las identidades étnicas, que el colonizador había reificado e inmovilizado, y alrededor de ellas se establecían grupos de apoyo, redes de comercio y asociaciones diversas.

Fue en las ciudades donde surgieron las minorías educadas en el sistema europeo y que conformaron una élite de profesionales occidentalizados capaces de manejar las concepciones culturales y utilizar el lenguaje de los colonialistas. Estos grupos disfrutaban de una posición ambigua dentro de las estructuras de poder establecidas. Preparados para participar en las organizaciones políticas y económicas coloniales, en las que a menudo se integraban, las limitaciones raciales impuestas a esta participación les impedían una total colaboración con la colonia. Entre estos grupos aparecieron reivindicaciones de carácter político, que muy a menudo se circunscribían a reclamar una implantación real de los propios planteamientos europeos hacia África. Así, en las colonias británicas, las aspiraciones de los occidentalizados se limitaban a una mayor autonomía o autogobierno, mientras los francófonos exigían una mayor asimilación en la nación francesa²⁶. Hasta la Segunda Guerra Mundial esas reivindicaciones no superaron los límites

²³ BALANDIER, *Teoría de la descolonización. Las dinámicas sociales*. Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973 (1971)

²⁴ BETTS, Raymond F., *Decolonization*, Routledge, London & New York, 1998

²⁵ HARGREAVES, John D., *Decolonization in Africa*, Longman, London, 1996

²⁶ Movimientos que tuvieron eco entre los grupos occidentalizados e inspiraron sus reivindicaciones fueron los surgidos en el ámbito americano entre la población de ascendencia

estrechos de los intereses de clase y no se enfrentaron abiertamente al dominio colonial ni plantearon la posibilidad de una independencia de la metrópoli.

Se ha considerado a las élites urbanas como el germen de la resistencia moderna a la colonia, una vez derrotadas las resistencias "primarias" de carácter "tradicional" y rural. Sin embargo no fueron los africanos educados a la europea los únicos que hicieron frente al colonizador, ni los que más oposición presentaron. Su poca conexión con la mayoría de la población hasta finales de los años 40 impidió a menudo la eficacia de sus reivindicaciones²⁷. Se dieron otros movimientos, que agrupaban a un mayor número de africanos y que apelaban a principios y valores diversos, no siempre de naturaleza "tradicional" ni necesariamente con exigencias "modernas".

Existieron movimientos de masas de carácter profético o milenarista que proporcionaban un liderazgo alternativo y opuesto al poder despótico ejercido por las autoridades locales. De alguna manera eran continuadores de una tradición de primeras resistencias de origen carismático y religioso, que habían ofrecido una alternativa a sociedades enfrentadas a los profundos cambios provocados por la colonización. En la categoría de fenómenos milenaristas cabe situar a las *iglesias cristianas independientes*, que eran críticas tanto con las normas "tradicionales" como con los valores occidentales representados por las iglesias y misiones europeas²⁸. Manifestaciones similares en el ámbito musulmán lo representó el movimiento Mahdista, que se enfrentaba con la actitud colaboracionista del tradicionalismo musulmán. Y también se dieron otras tendencias de carácter más modernista como las doctrinas Wahabistas. De esta manera, tanto cristianos como musulmanes crearon un clima en el que se desarrollarían formas modernas de protesta política²⁹.

Otros movimientos de carácter popular se dieron entre aquellos sectores integrados de una forma u otra en el sistema de producción e intercambio establecido por la colonia. Entre éstos se encontraban los trabajadores urbanos y mineros, la pequeña burguesía de maestros, oficinistas y pequeños empresarios, los comerciantes vinculados al sector informal en las zonas urbanas o los

africana, como el Panafricanismo o la Negritud. El Panafricanismo, con un eco mayor entre los africanos anglófonos, celebró cinco congresos entre 1920 y 1945. Sus reivindicaciones iniciales se limitaban a la exigencia de la igualdad racial de los negros de todo el mundo y del respeto a las culturas africanas. Sólo en el último congreso en Manchester la lucha por la independencia se fijó como el objetivo prioritario.

²⁷ TORDOFF, William, *Government and Politics in Africa*, Macmillan, Hampshire & London, 1997 (3ªed), (1ªed.1984)

²⁸ RANGER, Terence O., "Connexions between 'primary resistance' movements and modern mass nationalism in East and Central Africa" I & II, *Journal of African History* IX, 3 y 4, 1968 - 1969

²⁹ TORDOFF, *op. cit.*

HODGKIN, Thomas, *Nationalism in Colonial Africa*, Frederick Muller, Great Britain, 1956

agricultores de cultivos para la exportación, desde los grandes productores hasta la mayoría de campesinos. Los grupos sociales de campesinos, trabajadores y desempleados, que más sufrían las consecuencias de las crisis y presiones económicas, constituyeron el caldo de cultivo del surgimiento, tras la Segunda Guerra Mundial, de un gran número de asociaciones voluntarias.

Estas asociaciones iban desde agrupaciones de jóvenes, estudiantes, mujeres o profesionales hasta organizaciones tales como sociedades de ahorro, grupos de apoyo de carácter étnico, cooperativas, organizaciones de artesanos y sindicatos³⁰. La legalización de la actividad sindical en las colonias británicas, francesas y belgas a finales de los 30 y principios de los 40, provocó que las iniciales asociaciones de artesanos y trabajadores se convirtieran en poderosas organizaciones de masas, con reivindicaciones a menudo radicales, que tuvieron un importante papel en la politización de la población y la formulación de alternativas más participativas. A menudo todos estos movimientos se expresaba en términos amplios, superando las rígidas identidades étnicas que había intentado petrificar la colonización y abarcando todo el ámbito de una colonia e incluso más allá³¹.

Por último, para entender la complejidad de la situación político-social en las colonias africanas de los 40, debemos hacer notar que no todos las autoridades locales "nativas" que habían colaborado con el régimen colonial se mantuvieron fieles a la metrópoli. Algunos de ellos comenzaron a identificarse con las reivindicaciones que darían lugar a los movimientos independentistas de los 50.

Los movimientos de resistencia fueron, pues, muy variados y no se limitaron a los grupos de occidentalizados en la ciudad. El futuro nacionalismo africano surgió de un número diverso de elementos, que representaban intereses, a veces convergentes, pero otras en conflicto. Sólo cuando las élites urbanas se vincularon a aquellos movimientos populares (o algunos de ellos), alrededor de una ideología nacionalista anticolonial, pudieron aspirar a tener alguna efectividad.

En el periodo de postguerra continuó el crecimiento del aparato colonial que aquélla había provocado, y con ella tanto las oportunidades como las frustraciones sociales. Más sectores de la

³⁰ TORDOFF, *op. cit.*

³¹ MAMDANI, Mahmood, "State and civil society in contemporary Africa. Reconceptualizing the birth of state nationalism and the defeat of popular movements", *Afrique et Développement*, vol.XV, 3-4, 1990

COOPER, Frederick, "The Dialectics of Decolonization. Nationalism and Labor Movements in Postwar French Africa", COOPER, Frederick & STOLER, Ann Laura, *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, University California Press, 1997

población se vieron integrados en los canales de intercambio capitalista. Los agricultores se encontraron con una mayor demanda de sus productos, pero también con un mayor intervencionismo de la administración. Un sentimiento difuso de expectativas materiales se extendió por el campo y por la ciudad, lo que colaboró al crecimiento de la conciencia política de postguerra entre la masa de la población³².

Un pequeño factor que tuvo repercusiones importantes fue el regreso de aquellos soldados africanos que habían luchado en la guerra. Trajeron una nueva visión de los europeos, a los que habían visto luchar entre sí, y un nuevo discurso que hablaba de la liberación de los pueblos. El mundo se empequeñeció con la guerra y los africanos fueron más conscientes de su papel en el mismo y de su pertenencia a sociedades más amplias³³.

Las perspectivas de prosperidad material y social, que hizo aumentar la emigración a las ciudades, se dio de bruces a menudo con la pobreza y las malas condiciones de vida que los jóvenes africanos encontraban en los suburbios urbanos. Ello, junto con la presión sobre los campesinos, provocó el descontento generalizado y el reforzamiento de las tendencias y movimientos de resistencia. Cómo se rearticulaban en relación a las nuevas circunstancias estructurales es algo que veremos más adelante.

3. POLÍTICAS METROPOLITANAS

El efecto e influencia que tuvieron los movimientos africanos en la descolonización, en relación a otros factores, de índole internacional o metropolitano, es un asunto debatido³⁴. Pero, aunque es evidente que el peso de las resistencias africanas varió de una colonia a otra, los europeos, en su política colonial de postguerra y su final opción de retirada, estaban respondiendo primariamente a las demandas africanas³⁵. La percepción de que el régimen colonial debía modificarse ante las nuevas situaciones sociales si pretendía mantener la estabilidad en África,

³² HOLLAND, *op. cit.*

³³ MAZRUI & TIDY, *op. cit.*

³⁴ LOUIS, W.M. Roger & ROBINSON, Ronald, "The United States and the liquidation of the British Empire in Tropical Africa, 1941-1951", GIFFORD, Prosser & LOUIS, Roger, *The transfer of power in Africa. Decolonization 1940-1960*, Yale University Press, New Haven & London, 1982

DARWIN, John, *The end of the British Empire. The historical debate*, Institute of Contemporary British History, Oxford (UK) & Cambridge (USA), 1991

³⁵ BRUNSCHWIG, Henry, "The decolonization of French Black Africa", GIFFORD, Prosser & LOUIS, Roger, *The transfer of power in Africa. Decolonization 1940-1960*, Yale University Press, New Haven London, 1982

determinó la postura de los gobiernos metropolitanos así como su habilidad para controlar los estallidos anticoloniales.

Pese a todo, el proyecto imperial en África seguía disfrutando, tras la Segunda Guerra Mundial, de gran predicamento entre los gobiernos europeos³⁶. África, y sobre todo la parte británica, había jugado un papel estratégico durante la guerra, como proveedor de materias primas necesarias para mantener la maquinaria bélica del bando de los aliados³⁷. La guerra y la ocupación japonesa del Sureste Asiático hizo aumentar la demanda de productos africanos, como el caucho, el sisal, el café o el cacao. Ello provocó la recuperación de la depresión económica de los 30, así como la aparición de nuevas oportunidades para los productores locales. Pero también obligó a establecer políticas intervencionistas que aumentaron la presión de la administración colonial sobre la población africana³⁸.

Prueba del renovado interés metropolitano por África, a poco más de una década de las primeras independencias, fue la vigorización de las políticas proteccionistas iniciadas en los años 30, que suponían la garantía de cuotas preferenciales de comercio entre los mercados internos y las dependencias africanas. Así se pretendía convertir al continente en el instrumento para superar las dificultades económicas de la metrópoli, recurriendo a él no sólo como proveedor de materias primas sino como mercado protegido para los bienes de capital y consumo producidos por las industrias metropolitanas.

En este sentido se ha llegado a hablar del periodo de guerra, en el caso británico, como de

³⁶ FIELDHOUSE, David Kenneth, *Black Africa 1945 - 1980. Economic Decolonization and Arrested Development*, Allen & Unwin, London, 1986
AUSTEN, *op. cit.*

³⁷ Aunque sólo algunas zonas del norte del continente y los territorios italianos fueron campo de batalla, los sucesos que afectaron a las metrópolis en Europa y Asia no pudieron dejar de afectar a sus colonias africanas. Las potencias europeas coloniales, fundamentalmente Francia y Bélgica, sufrieron graves derrotas frente a Alemania, que llegó a invadir los territorios metropolitanos. La región colonial que más sufrió las consecuencias directas de la guerra fue el Sureste Asiático, donde la expulsión de las metrópolis europeas por una potencia no occidental como Japón provocó una crisis de legitimidad del colonialismo en Asia, que tendría posteriores e indirectos efectos en el continente africano (HOLLAND, *op. cit.*). En el caso de las colonias francesas, la caída de la Tercera República en 1940 obligó a los gobernadores en África a optar entre seguir fieles al anterior gobierno en la clandestinidad o prestar lealtad al gobierno pro-nazi. El África Ecuatorial Francesa y Camerún respondieron positivamente al llamamiento de resistencia de de Gaulle, mientras que las autoridades coloniales del África Occidental Francesa intentaron mantener su autonomía pronunciándose a favor de Vichy. Los funcionarios belgas en el Congo se vieron ante el mismo dilema, y al igual que el AEF optaron por seguir contribuyendo al esfuerzo de guerra aliado.

³⁸ KILLINGRAY, David & RATHBONE, Richard (eds), *West Africa and the Second World War*, Macmillan, London, 1986

"resurgimiento imperial"³⁹ y los años de postguerra se han considerado una "segunda ocupación colonial de África"⁴⁰, cuando se pretendió que el continente siguiera contribuyendo a la recuperación de Europa. Las principales potencias coloniales, que habían quedado muy debilitadas política y económicamente, se volvieron a sus colonias africanas como la fuente por donde pasaba su reanimación económica y la recuperación del prestigio internacional perdido⁴¹. Con las primeras independencias asiáticas, África se convirtió en el principal foco de interés europeo, donde la descolonización se veía como un asunto lejano, cuando no inconcebible, en un momento en que los movimientos anticoloniales no habían asumido todavía un carácter claramente independentista.

Si consideramos a la Segunda Guerra Mundial como el momento en que se iniciaron los cambios que llevarían a la desaparición del colonialismo⁴², no hay que olvidar que es en la inmediata postguerra cuando se ejerció una mayor presión por parte de la autoridad colonial y se reforzaron los planteamientos neo-mercantilistas en la economía. Todos los esfuerzos productivos se vieron supeditados aun más a las necesidades metropolitanas, creando como consecuencia una escasez de bienes de consumo y la dislocación de los mercados internos. El aumento de la imposición autoritaria en relación a qué cultivos y qué trabajo debían realizarse aumentaría el descontento entre los africanos⁴³. Esto fue lo que comenzaría a minar el equilibrio conseguido entre colonia y población y que había permitido el mantenimiento de la dominación europea⁴⁴.

Junto al aumento de las expresiones de descontento, las metrópolis también se vieron enfrentadas a las presiones internacionales que ya hemos mencionado, y fundamentalmente a las de su socio americano⁴⁵. El proyecto liberal de Estados Unidos no casaba bien con el gobierno despótico que establecía el colonialismo europeo ni con el proteccionismo económico que las metrópolis habían reforzado desde la crisis de los años 30. El nuevo sistema económico que la potencia americana propugnaba se debía basar en el libre comercio y no en la conservación de

³⁹ GALLAGHER, J.A., *Decline, revival and fall of the British empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982

⁴⁰ KILLINGRAY & RATHBONE, *op. cit.*

⁴¹ AUSTEN, *op. cit.*

⁴² MAZRUI & TIDY, *op. cit.*

⁴³ HARGREAVES, *op. cit.*

⁴⁴ HOLLAND, *op. cit.*

⁴⁵ LOUIS & ROBINSON, *op. cit.*

grandes zonas reservadas a las metrópolis coloniales⁴⁶. El anticolonialismo americano fue atemperándose a lo largo de los años 50 y 60, pero entonces se hicieron notar con más fuerza las reivindicaciones del grupo afroasiático en Naciones Unidas, como veremos más adelante. Los cambios sociales y políticos habidos entre la población europea de postguerra también condicionaron la actitud de los gobiernos coloniales. Tras una guerra de proporciones mundiales, las guerras independentistas del Sureste Asiático y la situación de escasez de postguerra, se fue consolidando una nueva sensibilidad pública ante los asuntos coloniales, que se plasmó en el apoyo de algunos grupos políticos a las reivindicaciones africanas. En general, los europeos no veían con complacencia los esfuerzos económicos o militares que hubiera que realizar para mantener el imperio en África.

Ante dichas presiones, las reacciones de las potencias europeas fueron diversas, condicionadas por diferentes factores: la cultura política más centralista y asimilacionista de los franceses o portugueses, frente a la tradición británica de la autonomía política (*self-government*); la mayor connivencia entre Estados Unidos y Gran Bretaña frente al sentimiento anti-americano de Francia, que veía una actitud aprovechada en el anticolonialismo de la superpotencia; los particulares sistemas políticos de cada uno de los estados europeos; los variados grupos sociales con que se enfrentaban en cada colonia; la presencia o ausencia de minorías de colonos blancos... Todo lo cual hizo que las políticas adoptadas por cada metrópoli difirieran en extremos importantes⁴⁷.

Si se nos permite generalizar, puede decirse que una de las primeras respuestas al cambiante mundo de postguerra fue la reformulación de la idea imperial en un nuevo marco discursivo, en torno a la idea de *desarrollo*, en consonancia con el surgimiento de un estado de bienestar en Europa, las presiones de Estados Unidos y el nuevo espíritu de la Carta de Naciones Unidas, que consideraba el "bienestar" de los habitantes de los territorios "no autónomos" como el objetivo fundamental que debían perseguir las potencias coloniales. El concepto de desarrollo, cuya genealogía se remonta a las mismas ideas de progreso y civilización decimonónicas, se plasmó en la aprobación de distintos planes que supusieron un considerable aumento del gasto público en África⁴⁸, destinado fundamentalmente, a la consolidación del sector productivo y la mejora de las

⁴⁶ KILLINGRAY & RATHBONE, *op. cit.*

⁴⁷ SMITH, "Patterns..."

⁴⁸ AUSTEN, *op. cit.*

infraestructuras, pero también a la inversión en sectores sociales como la sanidad y la educación⁴⁹.

En el ámbito de lo político, las principales iniciativas de británicos y franceses se dirigieron a aplacar las demandas africanas con ciertas concesiones. Para ello se iniciaron una serie de reformas que aumentaron la participación de los grupos más occidentalizados, con la consiguiente disminución del papel de las jefaturas "tradicionales" como principales colaboradores de la administración colonial.

El pensamiento político inglés del *self-government*, con una tradición desarrollada en los dominios británicos, propiciaba una actitud favorable a la participación paulatina de los pueblos coloniales en su propio gobierno, como manera de enfrentar el descontento colonial⁵⁰. Tras la guerra, una serie de reformas constitucionales en África Occidental, aumentaron la representatividad de los *Legislative Councils*, hasta ahora limitados a las autoridades tradicionales. Lo que no existía, desde luego, era un plan preconcebido de descolonización: los británicos hicieron concesiones, no como pasos en el camino hacia su retirada, sino más bien para preservar el orden y su posición en el continente⁵¹.

La política británica no fue la misma en todas sus colonias. En África Oriental y Central la presencia de minorías de colonos europeos, que habían asumido mayores responsabilidades políticas durante la guerra y que esperaban que el autogobierno les favoreciera fundamentalmente a ellas, viciaba los planteamientos de *self-government* para los africanos. Ante ello, el gobierno británico concibió un futuro diferente al de África Occidental, basado en el "multirracismo" o representación con criterios raciales que favorecía a las minorías blancas. Se abrió así dos vías de desarrollo diferentes africano: uno que implicaba la disolución progresiva de la autoridad directa europea y otra que implicaba su consolidación⁵².

El discurso colonial francés, concebía como resultado final de su "misión civilizatoria", no el autogobierno, sino la completa asimilación de la población colonial en la metropolitana como ciudadanos franceses. Ésta era la filosofía que inspiró la Conferencia de Brazzaville de 1944, en la

⁴⁹ Gran Bretaña aprobó el *Colonial Development and Welfare Act* en 1940, con la previsión de créditos por una cuantía de 5 millones de libras que aumentaron a 120 en 1945. En esta fecha se organizaron Oficinas de Desarrollo y Reconstrucción en cada territorio. Por su parte, Francia canalizó sus inversiones públicas, desde 1946, a través de los *Fonds d'investissement pour le développement économique et social* (FIDES).

⁵⁰ SMITH, "Patterns..."

⁵¹ FIELDHOUSE, *Black...*
SMITH, "Patterns..."

⁵² HOLLAND, *op. cit.*

que, como vimos, se rechazó expresamente la posibilidad de descolonización para los territorios franceses en África. Las recomendaciones de Brazzaville se plasmaron en la Constitución y posterior legislación de la Cuarta República, que suprimieron el trabajo forzoso y el régimen del *indigénat*, y establecieron asambleas territoriales, coordinadas bajo la Unión Francesa, así como la representación de los territorios coloniales en la Asamblea Francesa.

El tan enunciado objetivo de la "asimilación" se vio en gran medida frustrado por los mecanismos de la Unión Francesa que en el fondo mantenían la relación de subordinación de las colonias, sin que se considerara francesas a sus poblaciones. Pero frente a lo que ocurría en las colonias británicas, las élites africanas francófonas participaron directamente en la política nacional de la metrópoli, y eso les vinculó afectiva y políticamente a la cultura francesa más de lo que lo hicieron los anglófonos. Si Francia opuso mayor resistencia a la idea de una total retirada de África, también mostró un mayor compromiso, económica y políticamente, con sus colonias.

Con respecto a las potencias europeas menores, ni Bélgica, ni Portugal ni España promovieron apenas cambios en su administración colonial hasta que la oposición africana se articuló a finales de los cincuenta. Fue entonces cuando divergieron las actitudes de cada una de ellas, como veremos más adelante.

Pese a las diferencias, a veces de matiz, que hemos mostrado, el objetivo de todas las políticas europeas con respecto a África tras la guerra fue el mismo: mantener al continente dentro de la estructura política y económica de la metrópoli de la manera menos conflictiva posible. Cuando las potencias coloniales se vieron presionadas por las nuevas tensiones internacionales y las resistencias africanas, asumieron la desintegración de sus imperios africanos como inevitable. Y fue entonces cuando intentaron, y en gran medida lograron, conducir el proceso de cambio desde el centro, controlando el resultado de la descolonización en África. Las metrópolis que, como Francia en Argelia y sobre todo Portugal, se negaron a aceptar la independencia de sus colonias, se vieron enfrentadas a fuertes movimientos guerrilleros durante años.

4. NUEVAS DINÁMICAS INTERNACIONALES DE POSTGUERRA

Mientras en África se estaban produciendo aquellas nuevas dinámicas sociales y políticas, el sistema internacional evolucionaba hacia una nueva configuración: la Guerra Fría se estabilizaba como marco insalvable del orden mundial; los mercados mundiales cambiaban sus preferencias; las colonias europeas en el Sureste Asiático reclamaban y lograban la independencia de Europa; y se reformulaban las normas que pretendían regir aquel sistema internacional.

El progresivo deterioro que sufrieron los precios de las principales exportaciones africanas desde mediados de los 50 en los mercados mundiales socavó el empeño de las potencias coloniales por mantener una economía imperial en África. A pesar del incremento de la demanda de dichos bienes en los países industrializados, también aumentó la oferta proveniente de otras áreas tropicales. Por otra parte, el comercio de las metrópolis con África empezó a decaer en la medida en que aumentaban las relaciones comerciales de los estados europeos entre sí. Pronto se hizo evidente que la recuperación de Europa se estaba produciendo sin una contribución significativa de las colonias⁵³. Aunque no fueron consideraciones de carácter económico las más importantes detrás de la retirada de los europeos⁵⁴, la creciente percepción de que las colonias no eran ya una fuente inagotable de recursos baratos hizo disminuir la intransigencia de los gobiernos europeos en relación a las demandas africanas⁵⁵.

Otros factores internacionales iban a ahondar en el mismo sentido. El fenómeno distintivo de la estructura mundial de los 50 era el conflicto sistémico que mantenían Estados Unidos y la Unión Soviética. Como vimos en un principio, las nuevas potencias mundiales mostraban un talante contrario a la preservación de los imperios coloniales europeos. La actitud anticolonial americana influyó en las políticas de postguerra en África. Y las ideologías liberal y socialista de ambas superpotencias fueron un acicate para los movimientos de resistencia africanos.

Sin embargo, en un mundo profundamente esquizofrénico por la Guerra Fría, el miedo a la revolución comunista y la necesidad de apoyo de sus socios europeos, irían disminuyendo el compromiso ideológico de Estados Unidos con las luchas independentistas y sustituyendo el anticolonialismo de Roosevelt por el anticomunismo de Truman⁵⁶. Durante los años más duros de la primera Guerra Fría, África fue considerada por Washington como un apéndice de Europa. El primer objetivo de la política americana hacia África era la estabilidad política, lo cual pasaba por el apoyo a las metrópolis europeas y los movimientos más "moderados" (i.e. pro-occidentales), en detrimento del ideal descolonizador que se postponía indefinidamente.

⁵³ AUSTEN, *op. cit.*

⁵⁴ FIELDHOUSE, *op. cit.*

⁵⁵ AUSTEN, *op. cit.*

⁵⁶ METZ, Steven, "American attitudes toward decolonization in Africa", *Political Science Quarterly*, v.99, n.3, 1984

MUNENE, Macharia, *The Truman administration and the decolonization of sub-saharan Africa*, Nairobi University Press, 1995

El deshielo iniciado a mediados de los 50 coincidió con la descolonización de la mayor parte de África tropical, sin que se dieran apenas intervenciones directas de ninguna de las superpotencias. Estados Unidos, con Kennedy en la presidencia, volvió a manifestar su apoyo a la descolonización de los africanos, recuperando en parte el discurso wilsoniano de la liberación de los pueblos, pero al mismo tiempo reclamaría el papel protagonista y moderador de las metrópolis: las consideraciones de la Guerra Fría seguían siendo el primer móvil de su política exterior⁵⁷. Cuando más tarde se volvió a enfriar el conflicto bipolar y los movimientos anticoloniales que quedaban asumieron discursos más radicalizados y socializantes, como en el África portuguesa o en Suráfrica, el continente se convirtió en uno de los escenarios de la rivalidad ideológica y militar entre la Unión Soviética y Estados Unidos. El apoyo de éste último durante los 60 a las metrópolis coloniales reticentes, como Portugal, o a regímenes racistas como Suráfrica, daría muestras de hasta qué punto el anticomunismo dictaba la estrategia americana hacia África.

Frente a lo que pareció tras la Segunda Guerra Mundial, la descolonización de África se llevó a cabo al margen del apoyo norteamericano. Estados Unidos sólo pudo aspirar a evitar que los nuevos estados se alinearan con la Unión Soviética, lo que consiguió parcialmente.

La primera región en la que los europeos se enfrentaron a fuertes demandas nacionalistas, y donde la descolonización se reveló como el único desenlace posible, fue el Sureste Asiático. Tras la Segunda Guerra Mundial, el regreso de las metrópolis expulsadas por Japón en Indochina, Indonesia o Filipinas se produjo en el contexto de enérgicos levantamientos anticoloniales que, en el caso de Francia y Holanda, fueron contestados con fuertes represiones. El conflicto entre movimientos nacionalistas y metrópolis sólo pudo concluir con la independencia de las colonias.

En 1947 la India se convirtió en estado independiente, después de un proceso relativamente pactado entre los británicos y el Congreso Nacional Indio, y en el que la unidad de la colonia se vio resquebrajada por la escisión de Pakistán. En 1949 se independizó Indonesia bajo el liderazgo de Sukarno, al tiempo que Mao Tse-Tung hacía triunfar la revolución comunista en China. Ello dio un espaldarazo a los Partidos Comunistas asiáticos, que constituyeron un elemento importante en la radicalización de la crisis colonial en el Sureste Asiático. Éste fue uno de los factores del cambio de actitud de Estados Unidos ante la descolonización de los imperios europeos. Así, en el caso concreto de Indochina, los americanos apoyaron a los franceses en su lucha contra el Frente de Liberación Nacional y cuando aquéllos al fin se retiraron en 1954, tomaron el relevo en el conflicto.

A la experiencia asiática se unió pronto la experiencia norteafricana, en la que los franceses

⁵⁷ METZ, *op. cit.*

se enzarzaron en una costosa guerra en Argelia y, junto con los británicos, fracasaron en su escaqueo imperialista en la crisis del Canal de Suez de 1954. Todo ello contribuyó a minar la capacidad y el prestigio mundial de ambas potencias, mientras que el imparable proceso descolonizador llevaba a la independencia de la mayor parte del Magreb durante los años 50.

En retrospectiva, puede apreciarse una ola descolonizadora que se inició en Asia y concluyó en África Austral, después de atravesar el Magreg y todo el África tropical. Son discutidos los efectos que la experiencia asiática tuvo en los movimientos anticoloniales africanos, así como las similitudes y las diferencias entre ambos procesos⁵⁸. Pero es evidente que la rapidez y relativa tranquilidad con que se llevó a cabo la retirada europea de África, no sólo contrastó con, sino que se vio influida por la traumática experiencia previa de las mismas metrópolis en el continente asiático.

La descolonización asiática y magrebí impulsó un movimiento de carácter global, protagonizado por los líderes nacionalistas de los nuevos estados como Neruh y Sukarno y más tarde Nasser, cuyo objetivo explicitado en la Conferencia de Bandung en 1955, era el logro de la independencia por todas las poblaciones coloniales todavía bajo dominio de los europeos, que en aquel tiempo eran básicamente las africanas⁵⁹. El movimiento afroasiático se articuló en varios espacios internacionales como el Movimiento de No Alineados o el bloque anticolonial de Naciones Unidas. La descolonización se convirtió en un proceso de pretensiones globales, con una capacidad de apelación moral que competía con la ya ajada misión civilizatoria de los europeos.

El *Movimiento de los No Alineados* aspiraba a ser una alternativa geopolítica al conflicto intersistémico de la Guerra Fría. Precisamente a mediados de los 50, el conflicto sordo que enfrentaba a Estados Unidos y la Unión Soviética comenzó a descender en intensidad, iniciándose lo que se ha denominado la época de la distensión. Ello permitió una cierta libertad en los resquicios del sistema internacional bipolar, y en esos resquicios se articuló aquel movimiento entre los nuevos estados independientes que propugnaba el no alineamiento con ninguna de las dos potencias mundiales y la formación de un sistema mundial basado en las relaciones pacíficas y en el

⁵⁸ LOW, "The Asian...

⁵⁹ La declaración de intenciones en el acta final de la Conferencia de Bandung acordaba "a. in declaring that colonialism in all its manifestations is an evil which should speedily be brought to an end; b. in affirming that the subjection of peoples to alien subjugation, domination and exploitation, constitutes a denial of fundamental human rights, is contrary to the Charter of the United Nations and is an impediment to the promotion of world peace and co-operation; c. in declaring its support of the cause of freedom and independence for all such people; and d. in calling upon the powers concerned, to grant freedom and independence to such peoples"

respeto a la soberanía de los estados, fuera cual fuese su tamaño y poder.

El movimiento afroasiático impulsado en Bandung se propuso provocar un cambio en las coordenadas del sistema internacional. Si la debilidad relativa de los nuevos estados les impidió realizar una transformación de sus estructuras, su prestigio recién conseguido tras la expulsión de los europeos, y la fuerza de su número en la Asamblea General de las Naciones Unidas, les permitió protagonizar un cambio en el ámbito ideológico y discursivo de aquel sistema. En dicho proceso, el colonialismo acabaría por perder su legitimidad.

Esta transformación fue posible en gran medida gracias a la ausencia de oposición por parte de las nuevas potencias mundiales. Ya vimos que, aunque enfrentados, ambos estados compartían la idea de liberación nacional como fundamento de sus sistemas políticos, lo cual, no sólo les inhibía de oponerse a la corriente anticolonial que atravesaba Naciones Unidas, sino que, hasta cierto punto, representaban dos modelos alternativos de estatalidad para los recién nacidos estados descolonizados. Pero la actitud de las dos superpotencias varió en función de la relación que cada una mantenían con los estados coloniales. Mientras que la Unión Soviética mantuvo una actitud de apoyo explícito a los planteamientos del bloque anticolonial, Estados Unidos, como hemos visto, se vio atrapado en el dilema entre su discurso anticolonialista y los intereses de sus socios europeos⁶⁰. La competencia de ambas por la ampliación de sus respectivas zonas de influencia, permitió cierta capacidad de maniobra a los nuevos estados, que la utilizaron para reformular las normas sobre las que se asentaba el sistema internacional.

Las Naciones Unidas y sobre todo su Asamblea General, fue considerada por sus nuevos miembros como un foro útil en el que exigir y vocear la liquidación los imperios coloniales europeos. Y ello se realizó a través de una labor interpretativa, en términos históricos y políticos más que estrictamente jurídicos, de ciertos artículos de la Carta⁶¹. Se buscó una mayor fiscalización internacional de la cuestión colonial a través del Capítulo XI sobre "territorios no autónomos" y la obligación que éste imponía a los "estados administradores" de transmitir información de carácter técnico al Secretario General. El establecimiento de sucesivos Comités de Información sobre territorios no autónomos desde 1947 para examinar las condiciones que se vivía en aquéllos y hacer

⁶⁰ LAÏDI, Zaki, *The Superpowers and Africa. The constraints of a rivalry, 1960-1990*, University of Chicago Press, Chicago & London, 1990 (1ª fr. 1985)

⁶¹ EL-AYOUTY, Yassin, *The United Nations and Decolonization: the role of Afro-Asia*, Martinus Nijhoff, The Hague, 1971

REMIRO BROTONS, Antonio, *Derecho internacional público. Principios fundamentales*, Tecnos, Madrid, 1982

recomendaciones a la Asamblea General, supuso un impulso al control y la responsabilidad internacional con respecto a las colonias. Y así se fue erosionando la reclamación de las potencias europeas de que la cuestión colonial era un asunto interno de cada metrópoli y que por tanto debía aplicar el art. 2.7. sobre la prohibición de intervenir en los asuntos internos de los estados⁶².

Pero la gran transformación que promovieron los estados afroasiáticos, y que dejó al colonialismo definitivamente excluido de las normas del sistema internacional, se realizó a través del *principio de la libre determinación de los pueblos*, que estaba reconocido en varios artículos de la Carta de Naciones Unidas (arts. 1 y 5)⁶³. La vaguedad inicial del principio fue desapareciendo a medida que se le atribuía un carácter abiertamente anticolonial. A instancias de los nuevos estados, cuyo número crecía conforme avanzaba el proceso descolonizador, se fueron aprobando resoluciones en la Asamblea General que interpretaban la libre determinación como primariamente aplicable a aquellas poblaciones que habitaban los territorios coloniales. Las resoluciones 421 y 545 de 1952 reconocerían el derecho de todos los pueblos a la libre determinación como un derecho humano fundamental, de los recogidos en la Declaración Universal de 1948.

En 1955, la Comisión de derechos humanos, en el transcurso de la redacción de dos Pactos Internacionales sobre Derechos Humanos, adoptó el principio de la libre determinación de los pueblos en varias resoluciones que pasarían a ser sendos artículos 1: "todos los pueblos tienen el derecho de libre determinación. En virtud de este derecho establecen libremente su condición política y proveen asimismo a su desarrollo económico social y cultural".

El principio fue tomando cuerpo y legitimando internacionalmente todas las independencias que se iban produciendo hasta que en 1960, el año de muchas de las descolonizaciones en África, se adoptó la Resolución 1514(XV), aprobada por abrumadora mayoría en la Asamblea General. Esta resolución que contenía la "Declaración garantizando la independencia de los países y pueblos coloniales" fue considerada como la *Carta Magna* de la descolonización y sustituyó al Capítulo XI como regulación básica de la cuestión colonial. La 1514(XV) establecía que "la sujeción de pueblos a una subyugación, dominación y explotación extranjeras constituye una denegación de los derechos humanos fundamentales, es contraria a la Carta de las Naciones Unidas y compromete la causa de la paz y de la cooperación mundiales" (art.1). La excusa de la seguridad internacional ya no podía utilizarse para retrasar la independencia de las colonias.

El artículo 3 de esta resolución es reflejo prístino del cambio normativo y cultural habido en

⁶² EL-AYOUTI, *op. cit.*

⁶³ BOKOR-SZEGO, Hanna, *New States and International Law*, Akadémiai Kiadó, Budapest, 1970

el sistema internacional: "La falta de preparación en el orden político, económico, social o educativo no deberá servir nunca de pretexto para retrasar la independencia". No se niega aquí la posibilidad de atraso político o económico, pero ello ya no legitimará ninguna misión civilizatoria europea. La proscripción del derecho de conquista es uno de los grandes cambios que se ha producido en el sistema internacional de postguerra. Sólo será una la legitimidad para establecer un gobierno sobre una población: la de la libre determinación de los pueblos. No cabrán, ya, gentes sometidas que no sean consideradas ciudadanos de un estado. El estado moderno se configura como la única organización política legítima internacionalmente.

Para entender qué papel jugó el principio de la libre determinación en la transformación que la descolonización estaba provocando, necesitamos analizar el nuevo contenido y significado que adquirió a lo largo de aquel proceso interpretativo⁶⁴. Y lo primero que debemos apreciar es que la libre determinación, cuyos orígenes se remontan a la filosofía política europea de finales del siglo XVIII, perdió en aquellos momentos su sentido más democratizante, según el cual un pueblo tendría derecho a escoger a sus propios gobernantes. La interpretación que prevaleció enfatizó lo que se ha llamado la "libre determinación externa", como derecho de cada pueblo a constituirse en estado y a ser respetado en su soberanía por el resto de los estados⁶⁵. Era una interpretación de carácter estatista, que ignoraba el tipo de régimen político que se estableciera. La libre determinación se entendió como el derecho de las poblaciones coloniales a ser gobernadas por élites indígenas. Lo que se exigía para considerar conseguida la independencia era la total africanización del aparato administrativo de la colonia y la desintegración de los lazos políticos con la metrópoli.

Por otra parte, la definición de pueblo colonial que prevaleció en Naciones Unidas se refería al conjunto de la población que habitaba dentro de los límites de una colonia. Donde las fronteras coloniales habían sido trazadas tan arbitrariamente por el colonizador como en África, esta interpretación marcaría el carácter de los nuevos estados, como veremos⁶⁶.

Las resistencias africanas y las políticas metropolitanas que las enfrentaban, se vieron

⁶⁴ WIBERG, "Self-Determination as an international issue", LEWIS, I.M. (ed), *Nationalism and Self-Determination in the Horn of Africa*, Ithaca Press, London, 1983

⁶⁵ MAYALL, James, *Nationalism and International Relations*, Cambridge University Press, 1990
CASSESE, Antonio, *Self-determination of people. A legal reappraisal*, Cambridge University Press, 1995

⁶⁶ MAYALL, James, "Self-determination and the OAU", LEWIS, I.M. (ed), *Nationalism and Self-Determination in the Horn of Africa*, Ithaca, London, 1983

integradas en un movimiento más amplio, de carácter internacional, que logró modificar las normas internacionales y que influyó no sólo en las estrategias y demandas de los movimientos anticoloniales sino en el mismo ritmo de las respuestas de las metrópolis. Las dinámicas mundiales proporcionaron un lenguaje, el de la soberanía del estado y la libre determinación de los pueblos, que congregó a todos los movimientos anticoloniales alrededor de una misma demanda: la independencia de las poblaciones integradas en los límites previamente definidos por la colonización europea.

5. DE LAS RESISTENCIAS AFRICANAS A LOS MOVIMIENTOS INDEPENDENTISTAS Y LA RETIRADA EUROPEA

En África, el descontento social siguió acrecentándose, pese a las políticas de concesiones y represión de las metrópolis. Los esfuerzos de éstas se dirigieron principalmente a atender las aspiraciones políticas de los grupos occidentalizados y a llevar a cabo mayores inversiones económicas, ninguno de cuyos resultados satisfizo las demandas africanas.

Lo característico de los fenómenos reivindicativos de los 50 fue la coordinación, en amplios movimientos de masas, de aquellas diversas manifestaciones de resistencia de los 40. Ello se hizo fundamentalmente a través del liderazgo de una nueva generación de élites urbanas que no buscaban ahora un mejor acomodo en la colonia sino que veían en la independencia la única manera de satisfacer las expectativas generales y personales. Estas élites se organizaron en partidos políticos, herederos de aquellas primeras agrupaciones políticas de profesionales, pero ahora superarían la estructura de congreso para funcionar, con más flexibilidad, en los nuevos escenarios electorales surgidos de las reformas metropolitanas.

Se dio una conexión entre los descontentos rurales, los movimientos urbanos de carácter popular (fundamentalmente sindicatos) y los nuevos partidos políticos. Éstos sabían ya que sin el apoyo del campo, su fuerza quedaba minada frente al colonizador. La movilización popular, sobre todo en las zonas rurales, no fue algo que tuvieran que ser fomentado por aquellas élites urbanas. El florecimiento de activistas locales durante los 40 provocó una serie de dinámicas sociales que los nuevos nacionalistas sólo tuvieron que aprovechar. Los líderes occidentalizados eran a menudo menos radicales que los movimientos populares que los apoyaron, y una de sus preocupaciones solía ser el establecimiento de algún tipo de control sobre la multiplicidad de expresiones populares y descontentos que recorrían toda África⁶⁷.

⁶⁷ LOW, "The Asian...
LOW, "The end..."

Las élites occidentalizadas urbanas dieron pues forma a toda la serie de movilizaciones anticoloniales pre-existentes, y lo hicieron alrededor de una idea "nacionalista", alrededor de la reivindicación de independencia. La pretensión del nacionalismo anticolonial era el apoderamiento del aparato burocrático colonial y la constitución de un estado moderno⁶⁸. Si hasta ahora las demandas sociales habían sido variadas y no siempre habían cuestionado la presencia de los europeos, planteando diferentes soluciones a las crisis sociales, todas ellas iban a articularse progresivamente alrededor del ideal independentista-estatalista.

Eso significó la apropiación por parte de los africanos de la cultura política de los europeos como forma eficaz de resistencia. Las resistencias africanas habían acudido a los diferentes acervos culturales a su alcance, pero lo que las hizo irresistibles para los colonizadores fue la asimilación y reclamación del modelo político occidental: del estado moderno. En este sentido podemos considerar que la colonización engendró una verdadera hegemonía al configurar no sólo los modos de dominación sino el lenguaje de la resistencia a la misma.

La articulación del ideal nacional-estatalista se vio favorecida por la batalla a favor de la libre determinación de los pueblos que los estados afroasiáticos ya independientes estaban protagonizando en los distintos foros internacionales. Como hemos visto, el principio de la libre determinación se interpretó como el derecho de las poblaciones coloniales a ser reconocidas como estados. Con su demanda de estatalidad, los líderes africanos no se estaban dirigiendo sólo a coordinar todas las resistencias internas, sino que estaban adoptando un lenguaje que podía ser utilizado en el ámbito internacional, entendible por y enfrentable a las potencias occidentales. El estado, la organización política genuinamente occidental, se estaba convirtiendo, para las organizaciones internacionales, en el único mecanismo posible para expulsar a los europeos de los territorios que habían ocupado durante el siglo anterior.

Los proyectos nacionalistas africanos no se realizaron desconectados unos de otros. Existió una dinámica de conjunto, animada por ideologías como el panafricanismo o la negritud, que promovieron un sentimiento de identidad africana⁶⁹. Líderes como Nkrumah decían luchar por la descolonización y unificación de toda África cuando reclamaban la independencia de sus territorios. Sin embargo, la articulación práctica de los programas nacionalistas se hizo en el marco de las fronteras trazadas por la metrópoli, en la medida en que los partidos políticos africanos se

⁶⁸ BREUILLY, John, *Nacionalismo y estado*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1990 (1ª 1985)

⁶⁹ ABU-LUGHOD, Ibrahim, "Nationalism in a new perspective: the African case" en SPIRO, Herbert J. (ed.), *Patterns of African development: five comparisons*, Prentice-Hall. Inc., New Jersey 1967

organizaron dentro de los confines de las diferentes colonias.

El principal objetivo de estos partidos era la soberanía y la independencia de los territorios que había definido la partición que los europeos habían hecho del continente. Ello tuvo que enfrentarse a la realidad plural de las sociedades africanas, cuyas divisiones en términos étnicos habían sido exacerbadas por la colonia. El nacionalismo africano no hacía referencia a supuestas naciones preexistentes, sino que se concebía por sus propios protagonistas como un instrumento para la coordinación de esfuerzos dirigidos a la captura del estado ("traedme primero el reino de lo político, y todo lo demás os vendrá dado" decía Nkrumah). La creación de un sentimiento de unidad "nacional" dentro de los límites de las fronteras de cada colonia y por encima de las identidades más locales, se configuró como uno de los objetivos de casi todos los partidos nacionalistas, (aunque muchos de ellos no lograban superar el apoyo de un grupo étnico concreto)⁷⁰.

No existió casi nunca un único proyecto nacionalista en cada una de las colonias, aunque a veces así parezca traducirse de los relatos que se hacen desde el presente. La batalla por la independencia no sólo consistía en una lucha contra la metrópoli, sino que implicaba una serie de pugnas entre diferentes grupos africanos. Los conflictos de intereses, aunque también los acuerdos estratégicos, se dieron a menudo entre el campo y la ciudad, entre los trabajadores y los profesionales, entre los jefes tradicionales y los líderes occidentalizados, entre los campesinos y los propietarios agrícolas, entre miembros de un etnia y de otra. Pero lo característico ahora fue que las disputas se expresaban en un mismo lenguaje: el del nacionalismo y la estatalidad. No se discutía ya la pertinencia o no de la independencia, sino la forma y el reparto del poder en el nuevo estado. "Cada guerra de liberación colonial conlleva un conflicto civil, de modo que de hecho la élite nacionalista está luchando en dos frentes, contra el poder imperial y contra otros grupos locales esforzados por reemplazarlos... Hay una variedad de movimientos nacionalistas detrás de lo que, para un observador casual, puede parecer como una sola ola de nacionalismo, y estos grupos diversos frecuentemente están seriamente reñidos"⁷¹.

El desenlace de estos conflictos iba a venir en parte de la mano de la metrópoli. La relación

⁷⁰ Aunque tras la independencia se recurriera a diferentes costumbres para fomentar un sentimiento de identidad basado de alguna manera en la historia, los nacionalistas africanos tenían una visión bastante acertada de lo que había sido el nacionalismo en la misma Europa, donde había sido el estado decimonónico el mismo creador de las naciones europeas.

⁷¹ SMITH, "Patterns..."

particular de las diferentes movimientos con las autoridades coloniales determinaría qué grupos se beneficiarían del proceso de descolonización, que habitualmente fueron los más moderados y más proclives a heredar la estructura colonial sin destruir el legado de los europeos en África. El régimen colonial influyó en la forma y el carácter de los movimientos nacionalistas⁷².

En Europa era cada vez más difícil ignorar las demandas de liberación nacional que se hacían en un lenguaje tan "occidental" y concebir la solución de los conflictos con los nacionalistas africanos en los términos coloniales y de subordinación de antaño. El riesgo que se había asumido menospreciando esto era patente en la guerra de Argelia. Las corporaciones económicas que habían florecido en el marco de los imperios coloniales vieron inevitablemente amenazada su posición. Sin embargo su actitud no fue de abierta oposición a la descolonización, sino más bien de pasiva espectación ante las nuevas situaciones políticas en África y las oportunidades que se estaban abriendo en Europa. Puede decirse que el sector económico europeo apenas jugó un papel importante en la retirada de sus gobiernos de África⁷³.

No existió, previo a las presiones africanas, un proyecto de retirada por parte de las potencias imperiales. Pero una vez asumido, primero por Gran Bretaña y luego por Francia y Bélgica, que la independencia era el único resultado posible de la desestabilidad de los imperios coloniales en África, el objetivo principal consistió en controlar el mismo proceso de descolonización. Con ello se quería asegurar que el resultado de la transferencia de poder se realizaría a manos de grupos confiables, con los que se pudiera seguir manteniendo una relación económica y política. Se intentó domesticar todo el conjunto de fuerzas populares que habían florecido en la postguerra mundial, así como eliminar los proyectos más radicales de transformación social que pusieran en peligro el orden creado por la colonia. Los líderes nacionalistas, compartiendo un mismo lenguaje con el colonizador, aparecían paradójicamente como los más receptivos a pactar con él. No obstante tampoco debemos sobreestimar la capacidad de los europeos de manejar una situación, que en gran medida les venía impuesta y configurada por esos mismos movimientos nacionalistas.

El caso paradigmático en este sentido es el de la primera independencia subsahariana, Costa de Oro, que consiguió la descolonización como Ghana bajo el liderazgo del panafricanista Kwame Nkrumah en 1957. Después de haber sufrido la persecución política de las autoridades coloniales,

⁷² Los africanos estaban utilizando el mismo lenguaje de los europeos para reclamar mayor libertad política. Pero el lenguaje hablado por británicos y franceses no era exactamente el mismo: unos hablaban de progresivo autogobierno, los otros de futura asimilación. Y ello hizo que, en principio, las demandas se articularan de acuerdo con aquellos supuestos objetivos metropolitanos.

⁷³ FIELDHOUSE, *Black...*

Nkrumah fue convirtiéndose en los últimos años como la opción más fiable para la misma metrópoli. A Ghana le siguió, en 1958, Guinea, una de las pocas independencias francófonas que se produjo al margen de la voluntad de la metrópoli. El año 1960 se configuró como el de la descolonización africana, con la aparición de más de una docena de nuevos estados africanos.

Puede decirse que el objetivo de última hora de las potencias coloniales se consiguió parcialmente. La retirada de los europeos se dio normalmente en un ambiente de compromiso, reflejado en la ceremonia formal de traspaso de poderes, entre la antigua metrópoli y las nuevas élites gobernantes, que, en términos generales, representaban aquellos proyectos menos radicales y más continuistas con la colonia. Y cuyo nacionalismo aspiraba, fundamentalmente, a hacerse con el aparato administrativo colonial y africanizarlo para configurar un estado reconocido internacionalmente. Los intereses de estos grupos descansaban en el mantenimiento de la estructura social y económica creada durante las décadas coloniales. De este modo se frustraron las demandas de base popular que aspiraban a una mayor democratización de la política africana.

Sólo cuando la metrópoli opuso una resistencia tozuda a la descolonización, los movimientos nacionalistas mayoritarios adoptaron proyectos radicales de transformación social. Éste fue el caso de Portugal que mantuvo una guerra colonial en todas sus colonias hasta mediados de los años 70⁷⁴. Los movimientos anticoloniales en los territorios portugueses fueron adquiriendo matices cada vez más revolucionarios y socialistas, y un discurso abiertamente antiimperialista. Pero también concibieron al estado como el instrumento a través del cual se realizaría la ingeniería social que conllevaría la modernización de las poblaciones africanas. Si no hubo continuidad de las políticas y las relaciones con la metrópoli, sí existió continuidad de los instrumentos de dominación.

El nacionalismo anticolonial dio fuerza y cohesión al conjunto de reivindicaciones y movimientos de resistencia contra la colonización. Pero, desde un punto de vista crítico, este nacionalismo minó la fuerza y la autonomía de las organizaciones populares⁷⁵. La estrategia de las potencias coloniales de realizar reformas políticas que satisficieran a las élites de la burguesía africana, provocó la desorganización de la movilización generalizada, en el campo y la ciudad, de los 40. Si la metrópoli no pudo evitar la independencia, sí contribuyó a determinar qué grupos dominarían la escena política postcolonial. No fue así en las colonias portuguesas, pero en este caso fue la guerra anticolonial de más de diez años la que fomentaría la aparición de partidos centralistas

⁷⁴ MACQUEEN, Norrie, *The decolonization of Portuguese Africa. Metropolitan revolution and the dissolution of empire*, Longman, London & New York, 1997

⁷⁵ COOPER, *op. cit.*

que supeditarían cualquier movilización popular al objetivo de la construcción nacional.

El nacionalismo se fue convirtiendo en una ideología legitimadora de la captura del estado y de la africanización de la burocracia y los instrumentos de poder de la colonia. Pero no fue la fuente democratizadora y "liberadora" que los movimientos populares habrían esperado, sino que, al contrario, eliminó las fuerzas democratizantes y participativas que habían surgido con las luchas anticoloniales, tachándolas de tribales y antinacionales. El proyecto nacional se limitó a buscar la expulsión del blanco de la administración colonial y a ocuparlo con cuadros africanos. De esta forma el nacionalismo popular de postguerra se fue convirtiendo en un nacionalismo estatal⁷⁶.

En conclusión, el compromiso y la negociación fueron, en la mayoría de los casos, el marco de la relación entre los partidos nacionalistas y las metrópolis, y las resistencias anticoloniales africanas, salvo excepciones, no supusieron una verdadera amenaza de carácter militar al poder de la colonia. Fue la inestabilidad social junto con una nueva formulación de las demandas africanas, que ahora asumían un lenguaje demasiado familiar para las metrópolis, las que obligaron a la retirada europea del continente africano. Los europeos pudieron controlar hasta cierto punto el resultado de la descolonización. Los acontecimientos posteriores, representados por la radicalización del régimen "modélico" de Nkrumah, la guerra civil en Nigeria, o el caos político en el ex-Congo belga, mostrarían sin embargo que "el mundo tardo-colonial, en todas sus partes, era mucho más complejo y móvil para ser exitosamente manipulado con un acuerdo global"⁷⁷

6. LA GENERALIZACIÓN DE LA SOLUCIÓN ESTATALISTA: LOS ESTADOS MODERNOS AFRICANOS Y EL NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL

¿Qué había ocurrido a la altura de 1965? ¿Qué *significado* tiene para África y para el mundo que las colonias europeas en el continente se independizaran después de más de ocho décadas de colonialismo?

Los múltiples y diversos procesos sociales y políticos que se desataron en África en los años 40 desembocaron en una misma dinámica anticolonial cuyo desenlace disfrutó de un considerable grado de homogeneidad y simultaneidad en todas las colonias. Y ello se debió a la dimensión internacional que fueron asumiendo todos aquellos procesos, en Naciones Unidas y en aquellos foros en los que los estados afroasiáticos reivindicaron la libre determinación de los

⁷⁶ MAMDANI, "State..."

⁷⁷ SMITH, "Patterns..."

pueblos coloniales, que hizo que tanto las reivindicaciones anticoloniales como las respuestas dadas a las mismas convergieran en un mismo fenómeno: el reconocimiento de la **estatalidad** y la soberanía internacional de las poblaciones coloniales.

La retirada de los europeos del continente consistió en una transferencia, desde los gobiernos metropolitanos a las élites africanas, del aparato de poder de la colonia, transformado en la administración de un estado moderno que recibiría inmediato reconocimiento en el sistema internacional. El estado se convirtió así en el instrumento político con el cual los africanos se deshicieron de la dominación directa de los europeos. Pero al mismo tiempo se reintegraron en el sistema internacional occidental, no en la forma de poblaciones dominadas por los estados civilizados como en el siglo XIX, sino esta vez como estados soberanos jurídicamente iguales (como así se les reconocía en la Asamblea General de las Naciones Unidas).

El reconocimiento internacional de la soberanía supuso el verdadero marchamo de estatalidad de las nuevas organizaciones políticas. La soberanía de los nuevos estados africanos, más que el reconocimiento de la existencia de un (weberiano) monopolio legítimo de la fuerza en un territorio o de la capacidad del gobierno de controlar a toda la población sobre la que ejerce su autoridad, consistió en la concesión del privilegio a la no injerencia de otros estados en sus asuntos internos⁷⁸. Los estados africanos surgieron en un sistema internacional en transformación, en el que ya no era posible un criterio de civilización para delimitar qué comunidades políticas podían considerarse como sujetos miembros y cuáles eran tan "incivilizadas" que podían ser sometidas a aquellos estados⁷⁹. Ahora todas las poblaciones debían pertenecer a un estado en calidad de ciudadanía; ello significó en la práctica que los pueblos coloniales, esto es, los habitantes que vivían en el territorio de una colonia, adquirieron el "derecho", inalienable, a constituir la población de un estado. El simple hecho de haber sido colonia confería a los pueblos coloniales el atributo de la libre determinación, que reclamaban las nuevas élites aspirantes al control de la administración colonial sin que tuvieran necesidad de probar su capacidad para funcionar como estado moderno. La retirada de los europeos conllevó el inmediato e incondicional reconocimiento internacional de estatalidad de las élites africanas a cargo del aparato burocrático antes colonial, con lo que la aceptación en los organismos internacionales así dada se convirtió en una fuente de legitimidad, poder e incluso recursos inestimable para las nuevas élites.

⁷⁸ MAYALL, *Nationalism...*

JACKSON, Robert H., *Quasi-states: sovereignty, international relations and the third world*, Cambridge University Press, 1990

⁷⁹ BERAT, Lynn, *Walvis Bay, Decolonization and International Law*, Yale University Press, New Haven & London, 1990

La adquisición del reconocimiento internacional por parte de los nuevos gobiernos africanos se superpuso a cualquier otro objetivo político por el que se había luchado, como el de una mayor participación de todos los africanos en el poder político. El estado se convirtió en la nueva forma de dominación y control social sin que conllevara una transformación radical de los modos coloniales. La transformación fundamental de la descolonización fue la *africanización* de las estructuras de poder establecidas por el colonizador. Y los mejores preparados para asumir los nuevos puestos en la administración estatal eran las nuevas élites africanas educadas a la manera occidental y que eran capaces de moverse en las diferentes realidades culturales africanas mejor que el antiguo dominador.

El proyecto estatalista de los nuevos grupos dominantes africanos iba acompañado del universo cultural occidental, que concebía la historia en forma de progreso, como un proceso teleológico que se desplegaba en etapas cada vez de mayor modernización y desarrollo social. El estado se presentaba como el agente que iba a promover la ingeniería social necesaria para aquel desarrollo. Este discurso iba dirigido a cercenar y mermar todas aquellas realidades más locales y menos "modernas", y los movimientos que planteaban una oposición o una alternativa a los grupos gobernantes, que serían tachados de "sectarios", "tradicionales" y "atrasados", entorpecedores de la construcción de la nación.

La idea nacional, lejos de ser una fuerza que aunaba los esfuerzos colectivos, fue tornándose en la ideología institucionalizada del estado, con el que éste pretendía la legitimación de su dominación⁸⁰. La idea estatal moderna necesita de la comunidad inventada de la nación para justificar el monopolio del poder que reclama. En África, ya decíamos antes, la nación no se concibe como previa al estado, sino como algo por construir, por encima de la diversidad cultural que convive en el interior de las fronteras trazadas por los europeos, y que es fruto de la modernidad provocada por la acción del mismo estado. Aunque se acude a símbolos y costumbres locales diversas para crear las distintas identidades nacionales, la idea que subyace es que la nación es producto de la modernidad y no emanación de una historia antigua, (como consideró el nacionalismo decimonónico europeo). Lo que las élites africanos estaban haciendo era asumir la imagen que de ellos habían llevado los europeos, cuando aseguraban, con inspiración hegeliana, que África era un lugar sin historia y sin naciones, con un atraso cultural tal que les impedía integrarse en la senda del progreso si no era de la mano del colonizador. Ahora no era el

⁸⁰ BREUILLY, *op. cit.*
MAMDANI, "State...

colonizador, sino el estado, el que iba a sacar del subdesarrollo a las sociedades africanas. Pero la legitimación se parecía sospechosamente. La modernización y la consiguiente construcción nacional, igual que antes la civilización, se blandió como justificación de la dominación del estado sobre las poblaciones antes coloniales.

No todos los proyectos políticos de los estados africanos fueron, sin embargo, iguales. Hubo gobiernos que buscaron reproducir el sistema colonial sin grandes modificaciones, y que se contentaron con africanizar el aparato de poder de la colonia e integrarse en el sistema económico mundial capitalista sin excesivas rupturas con la situación anterior. Son los que se han llamado regímenes conservadores, que utilizaron el estado para mantener la dominación de carácter despótico que había caracterizado al imperialismo colonial, sin aspirar a transformar radicalmente sus sociedades. Pero los había cuyo proyecto de transformación llegaba más lejos, pretendiendo una destrucción y reconstrucción total del aparato del estado y de su relación con la población. Éstos eran los estados normalmente surgidos de una intensa lucha con el colonizador, en la que se había ido gestando una ideología de carácter socialista para la que la lucha anticolonial suponía la contienda en dos frentes: contra el capitalismo internacional representado por la metrópoli y contra el atraso de los grupos tradicionales que impedían la construcción de una nación moderna. Estos regímenes, de carácter radical, como los de Mozambique, Angola y, en menor medida, Tanzania, Ghana o Guinea, hicieron grandes esfuerzos por transformar las estructuras sociales de la población, sobre todo en el campo, a través de una ingeniería social desde arriba hacia abajo⁸¹.

Ambas reacciones, herederas de una forma o de otra de los modos de dominación coloniales, tenían en común el papel privilegiado que otorgaban al estado. Ambos buscaron la desracialización de la administración colonial convertida en administración estatal. Pero ninguno de los dos perseguía la verdadera integración de las poblaciones africanas en los nuevos mecanismos de decisión, sino que establecieron regímenes no democráticos legitimados en una supuesta futura modernización.

Desde entonces el estado en África ha sufrido una congénita falta de legitimidad, y la ausencia de un consenso social sobre sus fines y valores. Todo lo dicho no significa que el estado haya sido una realidad al margen y extraña a las poblaciones africanas. En primer lugar porque la limitada capacidad que en la práctica ha demostrado para transformar la sociedad, como el discurso nacionalista-desarrollista pretendía, ha hecho que la presión sobre la población, y por tanto las

⁸¹ MAMDANI, *Citizen...*

resistencias de ésta a su acción, no sea tanta⁸². Y en segundo lugar porque, aunque no sea fuente legítima de poder, es a menudo instrumento de negociación y transacciones entre los diversos intereses y facciones que recorren la sociedad⁸³. El estado está vinculado a la población a través de redes clientelares, en las que los intermediarios étnicos conectan a las élites en el centro político con el resto del sistema en un proceso continuo de intercambios políticos⁸⁴.

La estructura social africana ha impedido que el estado funcione de aquella manera que pretendía la ideología estatalista que sirvió como legitimación de la descolonización. No ha existido una transformación social que haya instaurado los modos de existencia occidentales (que en eso quería consistir el proceso de modernización/desarrollo). Ni el estado se ha convertido en aquella organización política, con un funcionamiento legal-racional, que distribuye parabienes sociales al margen de cualquier relación clientelar y patrimonial. La modernidad y el estado son realidades tangibles en el África contemporánea, provenientes del universo cultural europeo y de su importación por los africanos, pero su significado y funcionamiento no son lo que cabría esperar de una pura implantación de modelos políticos y sociales occidentales. No es éste el lugar para analizar la política del África independiente. Sólo quiero advertir que, si bien las élites africanas utilizaron la estatalidad como forma de expulsar a los europeos y de ejercer el poder que éstos les habían transferido, el estado en África adquirió pronto tintes propios, y, sin convertirse en la instancia de dominación legítima que pretendía, se integró en las sociedades africanas como un instrumento más en la compleja realidad política y cultural del continente.

Las relaciones entre los estados africanos se ha realizado fundamentalmente en el marco de la Organización para la Unidad Africana, fundada en 1963. Siendo la dimensión internacional un elemento clave del estado en África, el compromiso de no intervención en los asuntos de otros estados que la OUA institucionalizó⁸⁵, ha garantizado la estabilidad del sistema de estados africano y la independencia de los distintos gobiernos. Pese a sus proclamas panafricanistas, la OUA ha funcionado, en palabras del presidente de Tanzania, Julius Nyerere, como un verdadero "sindicato de gobiernos africanos", sellando las fronteras, trazadas por la colonización, a las reclamaciones

⁸² INIESTA, Ferrán, *El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas*, Los libros de la Catarata, Madrid, 1992

⁸³ TORDOFF, *op. cit.*

⁸⁴ CHAZAN, N., MORTIMER, R., RAVENHILL J., ROTHCHILD, D., *Politics and society in contemporary Africa*, Macmillan, London, 1988

⁸⁵ MAYALL, "Self-determination..."

territoriales o injerencias de otro tipo por parte de otros estados. El bienestar o la participación de los africanos son ideales apenas contemplados y siempre supeditados a la independencia y autonomía de sus gobiernos. El primer objetivo de la Organización desde su constitución fue la descolonización de aquellas colonias que aun se mantenían en África, como las portuguesas, y la desaparición de los regímenes de carácter racista que impedían una africanización del estado, como el surafricano. Con la independencia de las colonias portuguesas 1974-75, de Namibia (1994), el fin de los regímenes blancos en Zimbawe (1981) y Suráfrica (1994) el objetivo principal de la OAU se ha visto culminado.

En su dimensión internacional, la desaparición de la dominación europea sobre las poblaciones africanas supuso, al mismo tiempo, la integración de África en el sistema de estados de origen europeo-occidental. Las nuevas normas del sistema internacional reconocieron la estatalidad de los antiguos territorios coloniales, y con ello promovieron la descolonización y proporcionaron legitimidad, al menos externa, a los regímenes africanos independientes, cualquiera que éstos fuesen. La descolonización pasó por una reformulación de la integración de África en el orden mundial occidental que el imperialismo colonial había provocado. Y es que la colonización no había pasado en balde por todo el continente, y cuando concluyó, las relaciones de los africanos con el resto del mundo se habían transformado profundamente.

La característica más sobresaliente que la colonización legó a las relaciones internacionales del África descolonizada fue la *dependencia* del continente respecto de los estados centrales del sistema. Muy especialmente, de las antiguas metrópolis. Esta dependencia se expresa tanto en términos económicos, como políticos. Pese al reconocimiento de la soberanía estatal, el funcionamiento de las economías nacionales sólo puede entenderse en el contexto del sistema económico mundial, en el que ocupan un lugar subordinado. A esta dependencia se suma la incapacidad de los nuevos estados para promover el aumento de la productividad y el tan voceado "desarrollo". Muchas han sido las lecturas de este fenómeno; aquí sólo sugeriremos la nuestra.

El imperialismo colonial había vinculado la política y la economía africana al sistema político y económico europeo. Cuando los europeos se retiraron, los africanos asumieron la capacidad de decisión en ámbitos que antes tenían vedados. Pero las estructuras establecidas por la metrópoli subsistieron en un grado considerable. No sólo permaneció el aparato de la colonia, en la forma de un estado, y su manera despótica de ejercer el poder⁸⁶. La dependencia económica de los sistemas industriales metropolitanos también se mantuvo. No debe deducirse de ello, como hemos

⁸⁶ MAMDANI, "State..."

dicho en otras ocasiones, que existiera un plan preconcebido de las metrópolis de seguir dominando a África a través de vínculos neocoloniales con las nuevas élites occidentalizadas: si esto ocurrió no significa que fuera planificado de antemano, como ya hemos visto. Por otra parte, las élites disfrutaron de una nueva autonomía y capacidad de presión sobre las antiguas metrópolis en su nueva situación internacional. Pero la descolonización no provocó la esperada transformación de las estructuras que había generado la expansión europea.

Esta continuidad no debe explicarse en términos exclusivamente estructurales o de dinámicas globales. El mantenimiento de la dependencia económica está estrechamente unida a la forma que tomó el poder político en la África independiente⁸⁷. La pervivencia del aparato estatal y de los estilos de consumo de carácter occidental, de los que pasaron a depender la nueva élite africana, requería de unos recursos que sólo podían proporcionar las economías de carácter industrial. Pero la debilidad de los nuevos estados, y su insuficiente capacidad tributaria y de control, les impedía realizar la ingeniería social necesaria para la industrialización y modernización, o mejor occidentalización, de las sociedades africanas, y sólo le cabía convertirse en un instrumento de captación de recursos del exterior, como así ocurrió.

Los gobiernos independientes decidieron seguir manteniendo el esfuerzo productivo de sus agricultores y trabajadores para dirigirlo a los mercados internacionales de materias primas⁸⁸. Irónicamente, en el momento de las independencias, los precios de los productos africanos para la exportación comenzaron a sufrir un declive en los mercados mundiales, al tiempo que las ex-metrópolis dirigían su atención al proyecto europeo y convertían a África a mero receptor de ayuda internacional⁸⁹. El mantenimiento de las relaciones de carácter de subordinación con las potencias occidentales no fue sólo un fenómeno de carácter estructural, sino también cultural, dictado por la necesidad de las nuevas autoridades africanizadas de mantener las formas políticas y de consumo occidentales. Fue la asunción de los modos de dominación y la cultura política de los europeos lo que ha influido más en la posición que África ocupa hoy en el sistema internacional. De ahí la necesidad que siente algún africano de reclamar una "descolonización de las mentes"⁹⁰.

⁸⁷ YOUNG, Crawford, "The Heritage of Colonialism", HABERSON, John W. & ROTHCHILD, Donald, *Africa in World Politics*, Westview Press, 1991

⁸⁸ DUMONT, *op. cit.*

⁸⁹ AUSTEN, *op. cit.*

⁹⁰ NGUGI WA THIONG'O, *Decolonising the mind. The politics of language in African Literature*, James Currey, London; EAEP, Nairobi; Heinemann, Portsmouth N.H.

La descolonización, o dicho de otra manera, el surgimiento de los nuevos estados africanos, fue fruto de un conjunto de factores y de la acción de numerosos actores, como hemos pretendido mostrar en nuestra exposición. Y representó una ruptura ambigua con las estructuras y modos coloniales. Se expulsó la dominación europea, pero se asumió su modelo despótico de gobierno en los nuevos estados y se mantuvo la dependencia económica del sistema económico internacional. Los africanos ganaron, en general, capacidad de decisión y el reconocimiento de su igualdad jurídica en el nuevo sistema internacional de postguerra. Pero las aspiraciones, políticas y económicas, de muchos africanos que tomaron forma en el proceso descolonizador están todavía por conseguir.